

consensos de tipo regional o nacional. La Volkswagen impone su ley y subordina la parte española al todo alemán, con la misma coherencia que aplicó a la gestión de compras y pagos en divisas para poner en crisis a la SEAT. La impotencia de la política ante la autonomía del poder económico nos hace creer que el dominio de las transnacionales se debe a la imposibilidad de controlar lo que está fuera del ámbito legal del Estado. Aquí se basa la idea de que un Estado multinacional podría responder al poder de las transnacionales.

Pero si la impotencia del Estado derivase de sus límites territoriales, la única respuesta a un mercado sin fronteras sería un solo Estado mundial. La cuestión, como se verá, es otra. El dominio del mercado por las empresas multinacionales les permite tomar decisiones universales sin tener que asumir, en caso de fracaso, las consecuencias locales. Ese triste menester está reservado a la política de los Estados nacionales. Una nueva pauta cultural, surgida de la última fase de la guerra fría, está distribuyendo las funciones de los tres poderes sociales con un exclusivo criterio de eficiencia. El poder económico retiene la iniciativa de sus decisiones y administra el éxito social de sus proyectos. El poder político retiene la iniciativa represiva y recaudatoria, y gestiona las consecuencias antisociales o antiecológicas de la iniciativa privada, administrando el sufrimiento social en el proceso económico. Y el poder cultural reproduce y legitima esa pauta de realismo de las oligarquías. Ya no se trata de que el poder político esté o no a las órdenes de los grandes grupos económicos. Eso era antes compatible con la autonomía de la política y con la soberanía del Estado. Pero la política monetarista ha creado un nuevo tipo de supremacía del mercado. El poder económico no tiene necesidad de actuar como lo hacía bajo el Estado liberal, inspirando o influyendo a gobiernos autónomos. Ahora ha retirado de la política y del Estado el poder de decisión sobre el proyecto social. El presidente del Gobierno dice que no hace la política que le gustaría. Pero tal confesión de impotencia significa que la tarea del gobierno, en el Estado de partidos, se circunscribe a la gestión de las consecuencias negativas de decisiones tomadas en otro sitio. El poder político se define hoy por su impotencia para decidir lo principal y, en el caso del gobierno español, por su servilismo para resolver lo secundario.

El Monstruo

Por Atanasio Noriega - 3 de febrero de 2020

Vean ahora ante sus ojos a ese monstruo mitológico del poder del que hablaba Antonio Gramsci. Pensador político de acción contra el fascismo, del que hoy se ha apropiado la derecha, como intenta hacer del mismo modo con García-Trevijano. Reaccionarios que antes pasaban confundidos entre los conservadores y que ahora quieren mezclarse con los revolucionarios.

Pero no se distraigan con la teoría y observen a eso que definió el filósofo del marxismo como dictadura más hegemonía. Véanlo en toda su desnudez ridícula y mostrando sus vergüenzas en público, en la forma de unos pocos policías que tienen que ir enmascarados por vergüenza y de un batallón de periodistas que suministran la sobredosis de propaganda en pantallas y pantallas. No miren más que la pequeñez de ese monstruo desvelado ante sus ojos, de ese enano con su cara deforme y desnuda que simulaba poderlo todo, ese que tenía "derecho a decidir".

Ahora pueden ver al verdadero poder, arropado no más que en atributos comerciales y de marketing, y sufriendo la impotencia del que quiere poder lo que ya no puede. Ese que morirá matando a todo cuanto tenga a su alcance, pero que ya no puede más porque no llega con sus tentáculos.

Ahí lo tienen, reducido no más que a toda su impotencia en la forma que lo ven: unos matones que van embozados como los bandidos para delinquir, y un coro de periodistas, armados con toda su tecnología cibernética, que son la voz de su amo. Eso es todo el poder que tanto temían, que creían que tenía planes y que pensaban que iba a realizar un orden mundial del inframundo.

Lo tienen delante y tienen que inventarle atributos esotéricos y esconderlo entre tinieblas para engrandecerlo en lugar de reírse de él. Se refugian en la charlatanería de los cuentos de las conspiraciones, para no tener que mirarlo y así poder seguir teniéndole miedo.

España es un país de cobardes.

www.clc.diarioerc.com
clc@falgm.com

CUADERNO para la LIBERTAD VERDAD LIBERTAD CONSTITUYENTE

Número 11 - Abril 2022

La libertad de uno es fundada por la libertad de todos

www.diarioerc.com

CLC ES UNA INICIATIVA DEL MOVIMIENTO DE CIUDADANOS HACIA LA REPÚBLICA CONSTITUCIONAL. FUNDADO POR D. ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO FORTE.

¿Quién sostiene a los tiranos? (II)

Los pilares del Régimen de 1978

Por Carlos Fernández López - 17 de febrero de 2022

Segunda parte LOS ENMASCARADOS

Reflexiones políticas y morales sobre la falsa epidemia

Cuando en el invierno de 2020 la Organización Mundial de la Salud declaró la existencia de una epidemia provocada por un agente patógeno nuevo, los gobernantes españoles se apresuraron a decretar un conjunto de medidas privativas de derechos, incluidos algunos fundamentales, con la excusa de evitar su propagación.

Estas disposiciones incluían el confinamiento domiciliario de la población; el control de la circulación de vehículos y personas; la prohibición parcial del ejercicio industrial y profesional; el cierre arbitrario de establecimientos de comercio, hostelería y recreo; la merma caprichosa de algunos servicios públicos; la interrupción de la actividad docente; la limitación de aforo, incluso en espacios naturales, y la implementación de protocolos aberrantes en el acceso a la atención médica. Posteriormente, ya avanzada la primavera, un real decreto ley insta el uso de máscara.

Estas normas, decretos o protocolos, conllevan la comisión de dos gravísimos fraudes: uno de ley y otro contra la salud pública. Atentan contra la legislación vigente, ya que la Ley Orgánica 4/1981, de los estados de alarma, excepción y sitio, ordena en su capítulo primero, artículo primero, punto uno, que "Procederá la declaración de los estados de alarma, excepción o sitio cuando circunstancias extraordinarias hiciesen imposible el mantenimiento de la normalidad mediante los poderes ordinarios de las Autoridades competentes". Al no darse esta circunstancia, toda discusión jurídica posterior carece de sentido, pues siempre será deudora de ella. **Esta acción gubernamental, apoyada de forma unánime en el**

Congreso, deja en evidencia la arbitrariedad del Régimen español, que ni siquiera se atiene a su propio ordenamiento. Y dado que las medidas adoptadas son ajenas a la medicina preventiva, serían inadecuadas y contraproducentes aun en el caso de existir un problema de salud pública.

Entonces, ¿cuál es el verdadero motivo para la realización de estas barbaridades? ¿Es económico? Sin duda no se puede obviar la enorme cuantía de la estafa realizada a cuenta del falso tratamiento preventivo contra una enfermedad inexistente. También convendría conocer como fueron repartidos los miles de decenas de millones de euros del crédito extraordinario de los fondos creados con el Real Decreto Ley 22/2020.

No obstante, y en contra de una creencia desgraciadamente extendida, la economía siempre está supeditada a la política, que es el ejercicio del poder. Todas las acciones de gobierno durante estos casi dos años fueron concebidas con el fin de incrementar el poder del Estado para subyugar al pueblo español: restricciones de derechos, creación de miedo pánico, procura de ruinas, desmoralización de funcionarios y una generalizada enajenación de la sensatez que lleva a los gobernados a aceptar como naturales las mayores locuras concebidas por los gobernantes. Estos, amedrentados por el estado de putrefacción en que se encuentra el Régimen después de más de cuarenta años de corrupción ininterrumpida, se revuelven violentamente con el instinto animal de quien pretende conservar el dominio de un territorio. He ahí la causa de que algunos de sus tiránicos edictos sean comparables a los de las más crueles autocracias.

Pero, si en España no hay una dictadura gobernando, ¿Cómo es posible llevar a término este delirio colectivo?

El Estado monárquico español está gobernado por una oligarquía. A diferencia de la dictadura, donde el poder es ejercido mediante la fuerza, aquí se sustenta en el consenso de los gobernantes, la confusión creada por los pregoneros y la anuencia de

los gobernados.

De modo análogo a votar como si hubiera democracia, el pueblo español se dedica mayoritariamente a obedecer los bandos gubernamentales como si fuesen prescripciones médicas, incluso aunque sean legalmente insostenibles y perjudiquen su salud.

¿Quién puede perseverar en el intento de sostener las mentiras de la versión oficial, cuando el paso del tiempo y la experiencia cotidiana han dejado en evidencia su falsedad? ¿Quién porfía en que, para sanos y enfermos, la negligencia de los tratamientos, la demora o suspensión de la atención, las extravagancias protocolarias, la privación de abrigo e higiene y la realización de pruebas no prescritas por los profesionales de la medicina son eficaces para la conservación de la salud?

Los corrompidos, los idiotas y los cobardes.

Los primeros aceptarán cualquier consigna que provenga del gobierno, aunque atente contra su dignidad e incluso contra su integridad física. Con el fin de conservar unos privilegios miserables mancillarán su honor para siempre.

Los segundos, o bien padecen una deficiencia intelectual que les dificulta el discernimiento, o bien están trastornados por la situación sobrevenida, una prolongada histeria colectiva que arrastra a la masa a una conducta propia de los estados de psicosis.

Los terceros, a estas alturas el grupo más numeroso, tienen miedo. Pero tener miedo es natural, un instinto de activar la guardia ante un peligro real o imaginado. Lo moralmente censurable es el deshonor, la consciencia de la propia inmoralidad acompañada de la debilidad que incapacita para enfrentarla. Declararán que temen enfermar o morir; ser multados, golpeados o detenidos por la policía; ser privados de su sustento, y no ser atendidos en ningún establecimiento público. Cínica conducta para ocultar el miedo principal: el miedo a no ser como los demás, como la mayoría. Es el instinto atávico de que la supervivencia es más probable dentro de la grey incluso cuando se encamina hacia un abismo. Es la versión actual de aquella encomienda o consejo con que se advertía antaño a los jóvenes de los peligros de manifestar libre y públicamente los pensamientos o preferencias: <<Hijo, tú no te signifiqués>>. ¿No es acaso una prueba de que transcurridos casi cien años sigue sin haber libertad en España? ¿No son herederos de aquellos dictadores los tiranos actuales?

De entre las nuevas costumbres adoptadas como normales por el uso del vulgo, las dos peores, por su importancia simbólica, son las colas callejeras y los rostros enmascarados. En ambas se manifiesta impudicamente la obediencia indebida.

Quien aguarda a la intemperie una atención que le corresponde por derecho o la realización de un servicio al que es acreedor por abono, en realidad está diciendo: ¡Oh, Estado, tú eres mi provisión, haré todo lo necesario para complacerte y así quiero manifestarlo públicamente!

Quien lleva su rostro embozado, en cualquier cultura, en toda la historia de la humanidad, porta el mayor símbolo de sometimiento inventado por la astucia de los odiadores de la libertad; hacerlo voluntariamente es la locura más grande de todos los tiempos. El Estado (que coacciona su uso, pero no lo impone) está diciendo: sin mi permiso no puedes hablar (manifestarte), ni comer (sobrevivir), ni morder (pelear contra mí), el enmascarado le contesta: sí, lo acepto.

Para dar credibilidad a esta farsa no es suficiente con la corrupción sistémica, la colaboración judicial, la coacción policial, la cooperación funcionaria, la propaganda mediática y el quebrantamiento del juramento hipocrático. Se requiere algo mucho más importante: la adhesión o sumisión de nuestro pueblo a un poder ostentado sin autoridad. El consentimiento nacional, por desconocimiento o inacción, es la piedra angular que impide el derrumbe de la tiranía del Estado.

La Propaganda

Por Atanasio Noriega

En el arte de la propaganda política, uno de los máximos exponentes y pioneros tras la revolución francesa, fue Joseph Goebbels, ministro de ilustración pública durante la dictadura nacionalsocialista en Alemania. Éste, a su vez, observa los principios expuestos por Adolf Hitler, en el capítulo dedicado a la propaganda de guerra, en su libro "Mein kampf". Así, su populista premisa, es la de convertir todo mensaje político en algo que vaya dirigido a los sentimientos o emociones, y no a la razón o la inteligencia. Esta es la parte esencial de esta forma de actuar del poder establecido, a través de todos los medios de comunicación

de masas a su alcance.

Es muy frecuente y habitual observar cómo, a través de las modernas redes sociales en Internet, incluso las personas que comprenden que no hay democracia en España, y que conocen el carácter totalitario y autoritario subyacente en un Estado de Partidos, caen continuamente en la difusión de las noticias y vídeos, que llevan a una decepción sentimental.

Estos sentimientos mueven al incauto e indignado a votar lo que percibe como menos malo. La propia ambición por encontrar una opción política con la que sentirse emocionalmente vinculado, lleva a olvidar la realidad visible y existente, para terminar aceptando, por hastío, el dogma político imperante. La adhesión sentimental, se confunde con la ausencia de representación política. No hay representación o acción política, pero hay un sentimiento emocional que vincula a los consumidores de la propaganda.

Actuar mediante la imitación de lo que se observa en los medios de comunicación, en las tertulias y a los personajes autorizados por el régimen de Partidos, es lo que lleva a que la opinión publicada se convierta, inmediatamente, en opinión pública.

Desaparece por lo tanto la opinión pública, quedando convertida en una simple repetición de lo que se oye en los medios de comunicación, al servicio del Estado.

Las personas creen defender así sus propios intereses, creen actuar por iniciativa propia, cuando lo que realmente hacen es propagar la indignación, que tanto interesa al poder establecido.

Mientras reine la indignación entre la sociedad civil, es prácticamente imposible una acción de verdadera oposición al poder único estatal, en manos de los Partidos políticos. Porque quien se indigna, es únicamente aquél que desconoce las causas de algo, y se molesta por los efectos que percibe. Un indignado jamás sirve para una acción política de oposición, porque será fácilmente manejable a través del control de sus demandas y peticiones, realizando concesiones y otorgando. Es quien tiene el poder de otorgar, el que se reserva la capacidad de retirar lo otorgado, a su única conveniencia. Se concede desde el poder y se demanda, con la indignación, en la servidumbre voluntaria de los votantes.

No hay nada que sea más útil y sirva mejor al sostenimiento del poder, que un permanente estado de

indignación entre la opinión pública. Se garantiza así, que jamás existirá una oposición organizada e inteligente.

Extraído del documental **Frente a la Gran Mentira:**

www.falgm.com

Impotencia y servilismo del poder

Por Antonio García-Trevijano - El Mundo, 11 de octubre de 1993

La crisis de SEAT no es una simple quiebra mercantil. Sus mismos factores producen también la de un sistema que, en lugar de ideales y puestos de trabajo, crea conformismo social junto a relativismo moral, escepticismo intelectual y corrupción. Se podría conocer la causa de la crisis si acertáramos a reducir la complejidad de los fenómenos que la manifiestan, a la simplicidad de unos tipos ideales que definieran la situación del poder en la sociedad. Hecho capital que determina el sentido de todas las crisis culturales porque en la duda social siempre late una duda sobre el poder. Sobre la legitimidad de quién lo ostenta o la identidad de quién lo tiene. Las ideologías suprimen la duda de legitimidad del poder. La hegemonía de la confusión impide la duda sobre la autoridad de quién formalmente lo posee.

El ocaso de las ideologías, de un conflicto lateral izquierdadercha, preludia el amanecer de la confrontación vertical arribaabajo, que es la matriz de la idea democrática del poder. La intensidad del conflicto ideológico disminuye a medida que la cuestión de la legitimidad se amortigua con otra duda más extensa sobre la identidad del poder: ¿quién diseña el proyecto social? ¿el poder político o el poder económico? ¿quién tiene el poder? El carácter emblemático de una empresa procedente del sector, público, la condición transnacional de sus propietarios alemanes, la causa monetaria de sus pérdidas, su ubicación en una Autonomía nacionalista, la aportación financiera del Estado, nos permiten buscar en la crisis particular de SEAT una causa típica de la crisis general del Estado. Entre los elementos de la crisis, el decisional compendia a los demás. Si lo aislamos, podremos observar al desnudo el alcance y la graduación de los poderes sociales. De un lado, el poder autónomo de una organización multinacional. De otro, varios poderes políticos y sindicales enredados en